

CLAUDIO NARANJO

2ª edición

Desclée De Brouwer



*El niño divino
y el héroe*

Claudio Naranjo

El niño divino y el héroe

2ª edición



Desclée De Brouwer

1ª edición: septiembre 2014

2ª edición: junio 2018

© 2014, CLAUDIO NARANJO

© 2014, EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A.

Henao, 6 – 48009

www.edesclée.com

info@edesclée.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

ISBN: 978-84-330-2729-0

Depósito Legal: BI-1204-2014

Impreso en España – Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Un prólogo-dedicatoria.....	9
Prefacio.....	13
Introducción	15
1. Diferencias estilísticas entre dos tipos de narración.	19
El mensaje en el medio	19
Los dos conglomerados en las tres dimensiones de la literatura	32
2. Aspectos temáticos de los libros “matriarcales”	39
Visitantes en este mundo	39
Sabiduría original, pureza, espontaneidad, contacto con el mundo animal.....	44
Pequeñez, insignificancia, tontería, facilidad, silencio	48
Amor y belleza.	52
Los adultos. La resistencia a la muerte	59
3. El héroe	79
4. El héroe niño.....	93
Naturaleza de los personajes	97
Ayuda divina, realeza y destino	102

El niño divino y el héroe Claudio Naranjo

El poder de lo pequeño: magia, sabiduría, amor y receptividad.	105
La figura del mago	108
Epílogo	119

Un prólogo-dedicatoria para 24 años después

Terminé este libro en mayo o junio de 1970, poco tiempo después de la muerte de mi único hijo, Matías, a los 11 años de edad, justo cuando me preparaba para dar un salto a lo desconocido. Dejaba mi vida habitual para salir de peregrinaje, como quien dice. En despedida de la vida que hasta entonces había conocido, me sentía en la situación de uno que pone orden en su herencia. El mes anterior había puesto fin a un libro sobre Gestalt (que solo recientemente ha venido a aparecer en distintos países), otro sobre meditación, el *Healing Journey* y un libro sobre la ayahuasca (que nunca llegué a ofrecer a una editorial). Le faltaba a *El Niño Divino y el Héroe* solo una introducción, y se puede imaginar cuánto más liviano y pronto para partir hacia el desierto en mi patria me sentí después de terminarla.

Había pensado en Matías desde el comienzo al fin del trabajo de redacción del libro, durante el año precedente. Ahora que él ya no estaba en este mundo, más que pensar en él me sentía envuelto en su presencia –mayor de lo que nunca había conocido antes de su ausencia. Porque le había leído en voz alta varios de los libros de que aquí hablo, era particularmente coherente su presencia con mi labor. Además, era pertinente recordarlo al escribir esta introducción por el hecho de que mis últimos momentos con él hubiesen sido los de la lectura de aquel pasaje –en el segundo volumen de *El Caldero Negro* de Loyd Alexander– en el cual las fuerzas del mal invaden las tierras del buen rey Mathonwy. No recuerdo haberlo visto tan triste como en ese momento. No podía creerlo. Era como si no fuese compatible la noticia con su visión del mundo. Me miró con incredulidad, una vez que hube terminado

El niño divino y el héroe Claudio Naranjo

el pasaje. No supe qué decirle aparte de que era eso lo que el libro decía —y me entristeció dejarlo en su dolor.

Esto ocurría en el mediodía del Viernes Santo, que habría de ser el último de su vida. No lo acompañé a la reunión que habría de tener lugar esa noche en torno a una hoguera en un bosque de Big Sur entre los que se preparaban para seguir a Oscar Ichazo a Arica al cabo de poco tiempo. Originalmente había planeado quedarme por mi compromiso de abrir una serie de charlas sobre “El Viaje de Dante a las Estrellas” en la Catedral Episcopal de San Francisco; luego, a esta razón se había agregado imprevistamente la de asistir esa noche a las honras fúnebres de Fritz Perls.

Si mi libro sobre Gestalt, terminado días atrás, había sido un implícito homenaje a Perls, éste que ahora me disponía a terminar constituía un implícito homenaje a Matías. Digo “implícito” porque en la introducción escrita en aquel tiempo solo terminaba diciendo “espero que esto guste alguna vez a los niños del mundo” y no estando seguro de que le interesaran a Matías tanto mis disquisiciones como los cuentos mismos, me había refrenado de particularizar su nombre.

Recuerdo aún haber evocado, al escribir esa línea, el parecer de una amiga que alguna vez dijo que lo que no se podía poner en forma de cuentos de hadas no merecía la pena decirse. Creo que sentí que en lugar de la loable tarea de verter sabiduría en cuentos de hadas, había estado ocupándome de la menos loable empresa de hacer apreciar esta sabiduría a los “adultos” que solo entienden de razones. Ahora que pienso en ello, me parece que aunque llegué a consignar una esperanza de que gustase a los “niños del mundo”, no lo creí mucho, y me sobrepuse a la vacilación de decirlo sintiendo que al hablar de niños evocaba a Matías. Pero no pienso tan desdeñosamente como entonces de mi descodificación de sabiduría de los cuentos: si no interesa a los niños, interesará —espero— a los adultos (y al niño que llevan dentro). He comenzado, entonces, este prefacio completando lo dicho en aquella época y haciendo explícito el homenaje.

Es natural que cuando una editorial se interesó en el libro en la década de los 70 fuese a Pamela Travers a quien pidiese un prefacio. No solo Pamela (famosa a través de *Mary Poppins*) era una maestra del género en el que

aquí se ejercita mi hermenéutica, y no solo era relevante que me hubiese sido presentada por la Dra. Helson, quien significó el estímulo original en mi exploración de los cuentos de niños. También era relevante el que hubiese estado cerca de Gurdjieff (que tanto influyó en mi vida), y más relevante aún el que hubiese influido tan profundamente en Matías durante su breve visita a nuestra casa en los últimos meses de su vida. La ceremonia del té que realizara aquella noche entre nosotros –sin tazas y sin té– fue la ocasión de un verdadero contagio psíquico través del cual despertó en Matías un vivo sentido del ceremonial. De allí en adelante, sobre la mesa tallada con serpientes al costado de su cama, puso un buda, una vela y un hermoso cuchillo de plata, tornándola en su primer altar. (Insistió en llevar consigo ese cuchillo y el paño en que éste descansaba durante el último de sus viajes).

La trayectoria de este libro desde aquel proyecto de publicación en Estados Unidos ha sido accidentada. En primer lugar, fueron robadas las pruebas –junto con maquinarias y las direcciones de las personas suscritas hasta entonces al volumen. Luego, después de que la editorial Sirio, años atrás, expresó interés en traducir la obra, una inundación la hizo desaparecer de su ordenador. He tenido la satisfacción, sin embargo, de que aun antes de salir a la luz el libro ha tenido alguna influencia, pues Bill Bridges, presidente de la AHP (Asociación de Psicología Humanista norteamericana), me hizo saber que este trabajo fue la inspiración para que organizara en Princeton la conferencia anual en torno al tema de los cuentos.

Pienso que el que aparezca este trabajo con tanto retraso sea tal vez un caso de aquello que Paco Peñarrubia señaló a propósito de mi libro de Gestalt: que pese al retraso, aparecía con notable oportunidad. Pues no solo se habla mucho más de cuentos (y cuentos de niños) que en aquella época: ha ocurrido una verdadera explosión de interés por la mitología –un fenómeno cultural estimulado a la vez por las obras de Joseph Campbell y por las recopilaciones de cuentos Sufíes de enseñanza realizados por Idries Shah– y me parece que en la atmósfera intelectual de hoy, una comprensión mucho más generalizada que entonces de la vía psico-espiritual de transformación y de los mitos está sirviendo como punto de apoyo para una comprensión también creciente de aquella “mitología creativa” a la que Campbell se refiere en

El niño divino y el héroe Claudio Naranjo

relación con la producción simbólica más original de nuestros contemporáneos –de la cual estos “cuentos para niños” son ejemplo.

No solo el pensar que estén más interesados en mi libro nuestros actuales lectores que los de entonces me hace sentir que éste aparece con oportunidad, sino la doble coincidencia de que aparece justo ahora una obra mía más reciente sobre lo patriarcal y matriarcal¹ y que vengo de terminar otro sobre mitología creativa² (solo que esta vez no me he ocupado del modesto genero de los “cuentos para niños” sino de los clásicos de occidente).

Más oportuno que nunca siento este libro, sin embargo (y de esto me doy cuenta ahora mismo), porque este evento de sacar a la luz algo muy querido tiene lugar en un tiempo en el que me siento más querido –y querido por más personas– que nunca.

Claudio Naranjo
Siena, Septiembre de 1993

1. *La Agonía del Patriarcado*.

2. *Poetry of Enlightenment*.

Prefacio por P.L. Travers

Al escribir este libro, Claudio Naranjo se ha sometido a aquello que el *I ching* denomina “El Poder de lo Pequeño”. No quiero decir con esto que los libros que examina en esta obra sean pequeños en contenido, sino en el sentido de las exigencias que hacen. Ninguno de ellos pretende ser nada más de lo que en esencia es, el juego momentáneo del inconsciente del autor a medida que este asciende hasta la superficie de la mente. Ninguno de ellos pretende ser filosófico o sabio, aunque en el interior de todos ellos existan una sabiduría y una inocencia inherentes; y también hay añadido un elemento de búsqueda del placer por sí mismo que los hace más similares a la poesía que a la llamada literatura para niños.

Digo “llamada” porque para mí no existe nada que pueda considerarse literatura para niños, del mismo modo que no existe una literatura para los ancianos ni para la mediana edad. La literatura no puede ser separada ni compartimentada, sigue una sola corriente –Esquilo, Beatrix Potter, Dante, Lewis Carrol– el niño mete un pie pequeño en el agua y el adulto uno grande. No existe ninguna otra diferencia. C.S. Lewis dijo que un libro que se escribe únicamente para los niños es por definición un mal libro. Y nada es más cierto que el hecho de que ninguno de los libros aquí comentados se escribió originalmente para los niños, ni que tuvo tampoco otro objetivo que el de dar palabras a la apremiante y pujante necesidad de expresión del autor. Quizás ese sea el motivo por el cual los niños se han apoderado de ellos y los han hecho tan suyos. Reconocen en ellos los mundos interiores que les son familiares.

El niño divino y el héroe Claudio Naranjo

Nuestro autor ha dividido sus libros escogidos en dos categorías: por una parte, *El león, la bruja y el armario* de C.S. Lewis, *El libro de los tres* de Lloyd Alexander, *El Hobbit* de J.R.R. Tolkien y *La espada en la piedra* de T.H. White, que son denominados “patriarcales” y aparecen bajo el encabezamiento de un héroe; por otra, *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, *Tistou el de los pulgares verdes* de Marcel Druon, *La Familia Animal* de Randall Jarrell y *La telaraña de Charlotte* de E.B. White, que son denominados “matriarcales” y portadores del elemento del Niño Divino.

Esta distinción es muy válida, ya que el libro nos conduce mediante una compleja danza, primero a través de un aspecto y después de otro hasta que nos lleva al fin al entendimiento, al mismo tiempo simple y profundo, de que el héroe tiene que incorporar y reconciliar en su interior al Dragón –en una palabra, tiene que “hacer”– mientras que en relación con el Niño Divino, por naturaleza uno consigo mismo y con el mundo, es únicamente necesario “ser”. Creo firmemente que estos ocho autores, estén en este mundo o en el cielo, saludarán al doctor Naranjo por este agudo ensayo.

Introducción

Hace ya algunos años, la Dra. Ravena Helson que estudiaba el estilo de investigación de algunos matemáticos famosos, hombres y mujeres, demostró que aun en un terreno tan objetivo como puede ser el de las matemáticas, era posible diferenciar dos clases de creatividad en relación al sexo.

Para definir los dos distintos enfoques a la solución de problemas que identificó durante su investigación, empleó los términos “patriarcal” y “matriarcal” como tributo a Erich Neuman y para indicar la relación entre estos tipos contrastantes de creatividad y las formas de conciencia que Neuman había denominado así. Aun cuando los hombres, por lo general, son más “patriarcales” (sistemáticos y objetivos) y las mujeres más “matriarcales” (abiertas a la intuición y listas a responder al fruto de elaboraciones inconscientes), también existían diferencias en cuanto a estilo creativo entre hombres y mujeres.

Deseando verificar la existencia de formas de creatividad matriarcal y patriarcal en un campo distinto al de las matemáticas, la Dra. Helson se volcó posteriormente hacia la actividad de los escritores; y más específicamente aún (en aras de la simplicidad), optó por concentrarse en escritores de fantasías para niños. Tales libros parecían construir un medio relativamente homogéneo, que además podía ser analizado de acuerdo a su estructura y contenido.

La Dra. Helson tomó una muestra de setenta libros para niños (excluyendo obras consideradas apropiadas para “niños menores de ocho años”) escritos entre los años 1930 y 1968, y los sometió a la consideración de un número de jueces a fin de obtener clasificaciones de acuerdo a la excelencia.

El niño divino y el héroe Claudio Naranjo

cia de los mismos. Además, dos expertos describieron la medida en que las obras evidenciaban ciertos rasgos de estilo y argumento.

Una vez que se clasificaron todos los libros de acuerdo a cierto número de atributos, los datos fueron introducidos en una computadora para realizar un análisis de conglomerados (o *cluster analysis*).

Este método estadístico involucra inicialmente un cálculo de las correlaciones entre los rasgos característicos o variables. Las correlaciones suministran respuesta a interrogantes tales como: La existencia de ogros en los libros ¿tiende, o no, a presentarse conjuntamente con príncipes, o viceversa?, ¿el realismo está, o no, relacionado a un final feliz o triste?, ¿existe algún paralelo entre la expresión de ternura contenida en un libro y la presencia de animales entre los personajes del mismo?

Una vez computadas las posibles correlaciones entre los elementos existentes, se procede a determinar si tales elementos –algunos de los cuales se encuentran ligados a otros– forman conglomerados (es decir, grupos en los cuales varios elementos se relacionan entre sí de manera que fluctúan paralelamente) y cuántos conglomerados (racimos o constelaciones) existen.

En los análisis de la Dra. Helson aparecieron en forma definida dos racimos. Uno de ellos contenía, principalmente, elementos de agresión, de logro, la conquista de fuerzas opuestas o seres malignos, el predominio de la trama sobre la descripción de los personajes, la presencia de elementos mágicos o la existencia de un mundo mágico en dicha trama. El otro comprendía los siguientes elementos: la expresión de sentimientos tiernos, un tiempo pausado, realismo, un predominio de la descripción de personajes y de escenarios sobre la trama.

No solo la aparición de dos constelaciones hacía eco a lo encontrado por la Dra. Helson en su investigación de matemáticos; también los rasgos del conglomerado I se hicieron más aparentes en la obra de los hombres, mientras que los del II se evidenciaban en las obras de las mujeres. La Dra. Helson llamó al racimo I “patriarcal” y al II “matriarcal”.

Interesantemente, los resultados demostraron que estas dos tendencias de estilo no eran incompatibles. Los libros más creativos de la muestra

clasificada por los jueces obtuvieron un puntaje alto en uno u otro de estos racimos de rasgos, pero llama la atención que los mejores libros se revelasen como representativos de ambas características (patriarcal y matriarcal), aun cuando uno predominase sobre el otro. También se podían encontrar los dos tipos de estilo tanto entre los escritores como entre las escritoras.

Libros característicamente “patriarcales” escritos por hombres son:

El león, la bruja y el armario, de C.S. Lewis.

El libro de los tres, de Lloyd Alexander.

La espada en la piedra, de T.H. White.

El Hobbit, de J.R.R. Tolkien.

Los libros característicamente “matriarcales” escritos por hombres son los siguientes:

El Principito, de Antoine de Saint-Exupéry.

Tistou el de los pulgares verdes, de Marcel Druon.

La familia animal, de Randall Jarrell.

La telaraña de Charlotte, de E.B. White.

Así como en la lista anterior, que muestra las cuatro obras mejor conocidas de cada conglomerado, también en el total de la muestra hubo un predominio de autores británicos en las obras de tipo “patriarcales” y de escritores franceses en las del tipo “matriarcal”.

La Dra. Helson me invitó a colaborar para complementar su análisis estadístico con un estudio más detallado del contenido en obras representativas de cada uno de estos tipos. Elegí los ocho libros enumerados puesto que constituyen, en cada conglomerado, una combinación de representatividad y excelencia. Para simplificar más aún las cosas me concentré en los libros escritos por hombres.

Después de presentar los resultados iniciales de mi examen de los libros, conjuntamente con un debate de nuestras impresiones, en el Instituto de Evaluaciones e Investigación de la Personalidad de la Universidad de Cali-

El niño divino y el héroe **Claudio Naranjo**

fornia, la Dra. Helson sugirió que pusiera por escrito mis observaciones. Su análisis y el mío propio, diferentes tanto en estilo como en método, podrían ser publicados conjuntamente en alguna revista científica.

Comencé a escribir y escribí más de lo que esperaba, embelesado por la belleza y sabiduría de los libros. Después de completar ciento cincuenta páginas, me di cuenta de que había escrito un libro y no un artículo.

Aunque mi tema explícito había sido el de ocho libros, creo haber dicho muchas cosas que siempre había deseado decir. Los dos tipos de libros pronto se convirtieron para mí no solo en el reflejo de dos tipos de literatura —relacionada de alguna manera con lo cómico y lo trágico, en el sentido clásico— sino en la expresión de dos actitudes frente a la experiencia: dos modos de vida. Uno de ellos, caracterizado por la fe en la perfección intrínseca de la existencia y del hombre, parece hacerse eco de las filosofías de Oriente; el otro, que enfatiza lo malo de nuestra condición humana, refleja la doctrina del pecado original que satura las perspectivas del Judaísmo, la Cristiandad y el Islam.

Creo que las dos actitudes en las que se basan estos libros “patriarcales” y “matriarcales” representan dos puntos de vista con los cuales cada uno de nosotros se puede identificar. Dos perspectivas aparentemente contradictorias que son en realidad complementarias, a través de cuya síntesis, creo, podemos llegar a abarcar la realidad.

Comencé a trabajar en lo que podría llamarse un ensayo en literatura comparativa o en psicología del arte, y creo que he terminado por lograr algo parecido a lo que Joseph Campbell hizo con la mitología; una obra de exégesis. Solo con la diferencia de que el punto de partida de mi exégesis ha sido no el de las sagradas escrituras, o de algún monumento mitológico, sino de pequeños libros de nuestro tiempo, aquellos que los adultos, por un sentimiento de su propia importancia, relegan a los niños.

Espero que quede claro para mis lectores que tratan de cuestiones de la vida y la muerte.

1

Diferencias estilísticas entre dos tipos de narración

El mensaje en el medio

Mientras que un estudio de correlación, un análisis de racimos o conglomerados, o un análisis factorial muestran únicamente la tendencia de ciertos rasgos a aparecer juntos, la experiencia de leer un libro nos acerca a intuir una unidad de la cual provienen los distintos rasgos para los cuales existen. Si bien la “ternura”, el “tiempo pausado”, la “atención a los escenarios” y el “realismo” no parecen necesariamente relacionados entre sí cuando los consideramos simples conceptos, cuando los encontramos reunidos en un libro determinado podemos llegar a descubrir que “el medio es el mensaje”; es decir, que cada uno de los rasgos estilísticos considerados expresa una cierta actitud frente a la vida que probablemente ha sido fuente de inspiración del autor y su real presente al lector. Más aún, si podemos así ponernos en contacto con la actitud o el estado de ánimo más allá de la forma en que fue expresado, encontraremos que es *él mismo* quien habla a través de cada uno de los rasgos, elementos o recursos que constituyen un estilo.

Por el contrario, el estilo (un racimo de rasgos) es un compuesto de dichas formas y elementos que expresan una actitud única. Por lo menos esto es lo que intento demostrar en relación a los estilos matriarcales y patriarcales de los libros para niños escritos por hombres (adultos).

Empecemos por analizar el de “realismo”. Aun cuando todos los libros que tratamos son mera fantasía y por lo tanto no constituyen obras realistas, hay

El niño divino y el héroe Claudio Naranjo

una diferencia muy marcada entre ambos tipos de libros de acuerdo con la naturaleza del mundo en que se desarrolla la acción. Los de tipo patriarcal comprenden aventuras que transcurren en mundos mágicos o irreales, en tierras lejanas, con seres y experiencias totalmente distintas a las conocidas por el lector e incluso para los mismos héroes de sus páginas. Por el contrario, los libros más suaves (menos violentos) son realistas, siendo su tema la experiencia de seres humanos y animales en un mundo que conocemos.

Comparemos los siguientes párrafos:

1. “Annuvin es mucho más que la tierra de la Muerte. Es la casa del tesoro, no solo del oro y las piedras preciosas, sino de todas aquellas cosas que son buenas para el hombre (útiles y ventajosas para él...). Hace mucho tiempo, la raza humana era dueña de todos estos tesoros. Arawn los robó, uno a uno, para emplearlos en sus propios fines malignos, mediante artimañas y engaños. Ha sido posible arrancarle algunos de ellos, pero la mayoría se encuentra oculta en las profundidades del Annuvin, vigilados celosamente por Arawn”.

Extracto de *El Libro de los Tres*
de L. Alexander.

2. “Pero una vez que los leños se redujeron a brasas y las brasas a carbón, el hombre yació en su cama, bajo la tibieza de la piel de oso, escuchando el sonido grave y suavísimo de las olas, el sonido que las olas repiten una y otra vez. Le parecía que era como si su madre cantara. Y, antes de que pudiera recordar que su padre y su madre habían muerto y que él vivía allí solo, se quedó dormido –y en su sueño–, su madre se sentaba junto a su cama, cantándole mientras su padre, junto al hogar, enceraba las cuerdas de su arco y arreglaba sus largas flechas blancas”.

Extraído de *La Familia Animal*
de R. Jarrell

El primer párrafo es mítico como la mayor parte del contenido del libro del que ha sido tomado y como el de los demás libros de su grupo. El otro trata más de este mundo que del más allá, y aun podemos observar que el sue-

diferencias estilísticas entre dos tipos de narración

ño del hombre es más de este mundo que del Annuvin; un reino al *resguardo* de los hombres, en el cual los tesoros están escondidos. De hecho, es la calidad de oculto y remoto del primero de ellos, en contraposición con lo cotidiano y familiar del otro, lo que hace al contraste más significativo y no la diferencia superficial del parecido entre los elementos de la narrativa y aquellos elementos de las experiencias corrientes. Aun cuando es verdad que este parecido es más acentuado en los libros de tipo matriarcal, esto podría ser consecuencia del interés del autor por una situación determinada o, también, de los medios que ha empleado para transmitir su amor por el mundo tal cual lo percibe. Sea consecuencia o medio, puede verse anulado por el espíritu de la accesibilidad, de lo cotidiano, expresado de distinta manera, de tal modo que las aventuras (vivencias, experiencias) de una sirena trasuntarían el mismo “realismo”:

“Amaba el fuego. La primera vez que lo vio, dijo “Oh, oh”, se acercó a él y se dispuso a recoger una de las rojas brasas. El cazador corrió hacia ella haciéndola a un lado, pero era difícil hacerle entender; tuvo que ponerle la mano cerca de las llamas y casi dejar que se quemara antes de que ella le creyera. Ella puso sus dedos en la boca, los chupó, luego los sacó de la boca y los miró asombrada”.

Podríamos llamar a este párrafo “mítico” solamente por el hecho de que su protagonista es una sirena. Pero solo sabemos que se trata de la experiencia de una sirena porque el autor lo dice. De otro modo, bien podríamos haber asumido que se trataba de un niño o de un ser humano que jamás había conocido el fuego. Aun cuando aquí el personaje a través del cual habla el autor es de naturaleza mítica, la experiencia que nos comunica no lo es.

Si el *realismo formal* es solamente la investidura del realismo de la experiencia (una ciudad de experiencia para cuya expresión la primera solo es uno de los posibles recursos), entonces volvamos a otros aspectos de los párrafos que puedan llevarnos a entender sus diferencias esenciales.

El contraste de estos dos párrafos no solo difiere por hacer referencia a un mundo conocido o a uno desconocido, difiere, además, en todo aquello que diferencia a los dos tipos de literatura que estamos estudiando. Porque, como

El niño divino y el héroe Claudio Naranjo

muchos otros pasajes, extractos y párrafos, ilustran el hecho de que un trozo puede reflejar el total. El primero de ellos habla del más allá, mientras que el segundo nos habla de “aquí y ahora”; el primero trata de un pasado legendario llevándonos a la aventura futura y el segundo, a pesar de ser pretérito, nos hace vivir el presente de su personaje. El primero es de naturaleza simbólica mientras que el segundo carece de ella; en el primero la trama se desarrolla durante un periodo considerable de tiempo, mientras que el segundo se deleita en la descripción de sentimientos que afloran bajo una circunstancia determinada.

El primero describe el dominio de la muerte mientras que el segundo comunica una sensación de vitalidad, compuesta en parte por una profunda tristeza y conciencia de la inexorabilidad de la muerte.

Las diferencias enunciadas involucran el dilema del *Presente* frente a lo *remoto*, en la misma medida en que se produce contraste entre las cualidades de oculto y cotidiano, que mencionábamos anteriormente. Las creaciones matriarcales enfatizan el momento actual no solamente bajo la forma de “aquí” más bien que “allá”, sino también mediante el empleo del presente en lugar del pasado o el futuro, subrayando lo concreto antes que lo imaginario, la experiencia real sobre el símbolo, el predominio del goce sobre los anhelos.

Un rasgo de estilo que bien puede entenderse como consecuencia directa de la dedicación al momento actual, es el que distingue a las obras matriarcales de las patriarcales. Mientras que las primeras transcurren en un eterno presente, de manera que cada una de sus páginas es interesante en sí misma, las últimas abarcan pasado y futuro de tal forma que el interés que despiertan sus páginas está dado por el suspense y desarrollo de la trama de los hechos en el transcurso del tiempo. Hasta se podría afirmar que las obras del primer grupo evolucionan a partir del tiempo –en el sentido de que cada uno de sus momentos es como un pétalo de la misma rosa–, brindando, independientemente de los otros, gratificación y belleza; en aquellos que transcurren en periodos diferentes de tiempo, el futuro guarda el desenlace, que es profetizado por los sabios y los ancianos.